
Las palabras, los murmullos y el silencio

I

El alejamiento irónico de Rulfo

En medio del tumulto publicitario crecido en torno a ese curioso fenómeno de «marketing» conocido con el nombre de «boom literario latinoamericano», la obra de Juan Rulfo, breve, ajustada, exacta, se sostiene por su propia esencia lírica y por la permanente vigencia de su lenguaje, sus personajes, temas y situaciones.

Rulfo se ha mantenido alejado de la garrulería de los publicitarios alquilados por los editores, y su tono menor hace un notable contraste con las ampulosas y autoencomiásticas declaraciones de algunos novelistas latinoamericanos. En Rulfo todo es comedimiento y discreción. Su actitud frente a la feria de vanidades es la de un alejamiento irónico. Gozó escribiendo sus pequeños y geniales libros, le divierte la idea de que algunos críticos insistan en la involuntariedad de su talento literario y oculta, con esmerada prudencia, su cultura y su erudición monumentales.

II

Aquí hablamos «castilla»

En México el castellano más rico en giros de lenguaje y en metáforas espontáneas es el hablado en los campos del centro y el occidente del país. Las formas coloquiales del castellano antiguo y algunas expresiones indígenas castellanizadas son la columna vertebral de una lengua incomparablemente más rica y auténtica que la de las ciudades. Los campesinos de esas regiones son grandes ahorradores de palabras, pero su aparente sequedad se compensa con la precisión de su habla y la claridad de su vocalización. Los muchos siglos de lucha con la tierra, con los amos feudales, los elementos adversos, la demagogia, la corrupción y el abandono, los han hecho callados y los han llenado de una explicable desconfianza. Tal vez por estas razones huyan de la verbosidad («en boca cerrada no entra mosca», «quien mucho habla, mucho se equivoca y más se compromete», dice admonitoriamente el sensato refranero) y procuren dar a sus palabras un impecable sentido inequívoco. Algunos términos tomados de la liturgia, una gran cantidad de refranes, los giros de lenguaje transmitidos de generación en generación y las expresiones relacionadas con las tareas agrícolas y enriquecidas por la observación del campo y sus ritos naturales, son el bagaje de esta lengua usada para comunicarse con los otros y, frecuentemente (esta

frecuencia es mayor en las ciudades), para enmascarar los sentimientos y ocultar las realidades.

Los personajes de Rulfo se expresan en esa hermosa lengua y su creador los deja en meditada libertad para que extraigan de ella las más recónditas posibilidades expresivas. Rulfo no es el padre terrible que impone conductas y formas de lenguaje a sus creaturas. Por razones de timidez, comedimiento, maestría formal y elegancia sabe respetar a sus «entes de ficción» y, ante el peligro de restarles autenticidad, se retira prudentemente, dejándolos construir sus palabras y organizar sus discursos. Es, en suma, el padre inteligente que sabe hacerse a un lado para permitir el crecimiento natural de los hijos, y evita los sentimientos de posesión y de dominio. Tamaño comedimiento puede resultar extraño a los partidarios de la dictadura del creador literario y puede confundir a los críticos de entendederas formadas —o, más bien dicho, deformadas— por las academias simplificadoras y convencionales.

III

El autor intenta clarificar sus propósitos

Este trabajo tiene como principal propósito el de rendir homenaje a un novelista ejemplar y a su lenguaje prodigioso. De ninguna manera pretende meterse a averiguar sus procedimientos y técnicas o incurrir en los farragosos análisis de su psicología individual. Es, abierta y descaradamente, ditirámico. Busca, por otra parte, hacer algunas observaciones discutibles sobre la influencia que los mitos, la historia, la política y la moral social ejercen en las conciencias y modos de conducta de las mujeres y los hombres de un país determinado en un momento de su acontecer. Mucho se ha hablado y escrito sobre estos temas. Los especialistas en literatura latinoamericana de las universidades estadounidenses, inglesas, francesas, italianas, etc., han escrito robustas tesis sobre Rulfo, y los jurados de los premios obtenidos por el escritor mexicano a lo largo de su vida han dado a conocer sus inapelables fallos sobre la importancia y la función cumplida por la obra de Rulfo en el corpus de la literatura en lengua castellana. Sin embargo, algo puede agregarse, haciendo notar que Rulfo, como López Velarde, observa «con una sonrisa depravada, las ineptitudes de la inepta cultura» y se divierte con las espesas y frecuentemente descabelladas teorías que sobre su vida, su obra y su silencio hacen los críticos, tanto los académicos como los mercantiles.

IV

«En Jalisco se quiere a la buena»

Es Jalisco el escenario en donde viven, intentan sobrevivir y mueren (nunca del todo) los personajes rulfianos. Jalisco está claramente dividido en dos regiones geográficas, raciales y espirituales: los altos y los bajos. A pesar de compartir similares

pautas culturales y parecidos criterios de moral social, los «alteños» y los «bajeños» tienen marcadas diferencias, cultivadas con esmero para lograr el propósito de hacer patentes sus irreductibles identidades. Los «alteños» se muestran orgullosos de la pureza de su sangre castellana, manifiesta en la blancura de su piel y en lo rubio de sus cabellos. En esa región (versión americana de las arideces de la alta Castilla) apenas se dio el mestizaje y las familias de los colonizadores se mezclaron entre sí, exterminaron a los «chichimequillas» irremediamente belicosos y trajeron del centro del país grupos importantes de indios más dóciles para que se hicieran cargo de los trabajos serviles. En cambio, los «abajeños» muestran los marcados rasgos del mestizaje y la influencia del clima semitropical. Un juego constante de relaciones se da entre las dos zonas y conviene recordar que, a principios de este siglo y al término de la guerra cristera, muchos alteños se fueron a las tierras del sur y establecieron nuevos campos de cultivo, comercios y algunos negocios demasiado imaginativos (véase la novela *La Tierra pródiga*, de Agustín Yáñez).

Juan Rulfo reúne en su persona y en su palabra a las dos regiones. Nació en los Bajos, pero sus familiares venían de los Altos. Tal vez por esto en su lenguaje se engloban las dos cosmovisiones y su mesurada elocuencia combina la propensión al silencio de los alteños con la riqueza metafórica de los abajeños (estoy pensando en voz alta. Tal vez todo esto no sea más que un conjunto de especulaciones alegres).

V

«Madre mía de Guadalupe, por tu religión me van a matar»

La llamada guerra cristera fue un hecho social predominantemente jalisciense. Otros estados (Colima, Michoacán, Guanajuato, Guerrero, Querétaro, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Aguascalientes, Oaxaca, México, Hidalgo, Morelos...) participaron activamente en la contienda, pero el ojo de la tormenta se localizó en las zonas áridas de los Altos de Jalisco y en las estribaciones tropicales del Volcán de Colima. Esta guerra, que marcó indeleblemente a varias generaciones de campesinos, burócratas, soldados, obreros, políticos, estudiantes, etc., no ha sido suficientemente estudiada. El señor Jean Meyer, investigador francés, reunió abundante información, entrevistó a sobrevivientes de la guerra y a sus descendientes y publicó un voluminoso estudio sobre el tema, cuya objetividad histórica quedó manchada por las antipatías y las simpatías que el autor procura hacer patentes, sobre todo en el momento de proponer conclusiones y de asentar juicios de valor. Por otra parte, la literatura producida durante y al fin del conflicto tiene, en su mayoría, un signo partidista y las heridas, aún no bien cerradas, todavía escuecen y, a ratos, sangran. Tal vez *Los Cristeros* y *Los bragados*, novelas de José Guadalupe de Anda, sean los mejores (y, ciertamente, los más bien escritos) testimonios sobre esta guerra que, aunque recuerda los conflictos religiosos de Europa, tiene un signo muy especial y exige un análisis apegado a las características del desarrollo sociopolítico y económico de su tiempo y de su espacio.

Corridos, poemas, refranes, leyendas, narraciones de sucesos, libros hagiográficos, estudios de pretendido rigor científico, novelas, películas, obras de teatro, estampas, fotografías, dibujos, periódicos, hojas sueltas, octavillas... Son muchos los elementos capaces de dar a los investigadores una idea de las posiciones sostenidas por las partes en conflicto y del ambiente espiritual de esta trágica etapa de la historia mexicana. A primera vista, de todo ello puede desprenderse una conclusión preliminar agobiada por los matices más variados: la mayor parte de los campesinos integrantes de los ejércitos cristeros actuaron de buena fe, creyendo firmemente en sus rudimentarios ideales. En cambio, no puede decirse lo mismo de los directivos ocultos en las grandes ciudades o de los hacendados proveedores de armas y organizadores de partidos. Las cuestiones económicas, los antiguos rencores y la defensa de los privilegios tradicionales fueron los motivos esenciales de su participación en el conflicto. El papel desempeñado por la jerarquía eclesiástica y por el poder civil presenta tantas complejidades que nos obliga a la cautela y exige un estudio más profundo e imparcial. Ojalá que alguien emprenda muy pronto esta tarea fundamental para el conocimiento y la interpretación de uno de los capítulos más conflictivos de nuestra historia reciente.

Para los efectos de este trabajo, lo realmente importante es señalar la influencia ejercida por el conflicto religioso en el desarrollo del lenguaje de los campesinos del centro-occidente del país. Los largos años de lucha durante los diferentes períodos de la revolución mexicana también influyeron determinadamente en el idioma y, tanto el prolongado movimiento revolucionario como la guerra cristera, provocaron modificaciones profundas en la moral social, en el ambiente espiritual y en las estructuras sociopolíticas, económicas y culturales de México. Todos estos conflictos, cambios profundos y modificaciones coyunturales se registran, de manera especialmente clara, en el lenguaje de los habitantes de las ciudades. Los campesinos, aislados en sus desiertos y montañas, fueron los actores principales de los movimientos armados y, en su mayoría, regresaron, al término de las contiendas, a sus tierras abandonadas y a sus villorrios y rancherías. Por esta razón, su lenguaje apenas sufrió algunas modificaciones y la contaminación derivada de las arengas militares, los manifiestos políticos y el trato con gentes de las ciudades, se reflejó casi imperceptiblemente en su habla cotidiana. Tendrían que ser la radio, el cine, la televisión y el progreso general de las comunicaciones los que produjeron el cambio en las costumbres, la pérdida de los usos lingüísticos arcaicos y la uniformidad (no absoluta, por supuesto) de la lengua. Por otra parte, el aumento del bracerismo hacia los Estados Unidos y el éxodo hacia las grandes ciudades han ido diluyendo paulatinamente los signos de identidad cultural de los campesinos.

VI

Palabras, murmullos y silencios

En las obras de Juan Rulfo, el lenguaje se detiene y queda fijado en un tiempo que desafía con éxito todas las presencias modificadoras. Los personajes de *El llano en*